

# Viaje y escritura

Sergio Delgado

**S**i bien Saer nunca escribió, propiamente, un libro de viajes, en cierto modo muchos de sus textos lo vislumbran. Relatos como “El viajero”, por supuesto, pero también “Desde el extranjero” o “A medio borrar” (aunque este último, más bien, como preparación de una partida), incluidos todos en *La mayor*, libro escrito en los primeros años de la vida nueva de Saer en París, novelas como *El entonado*, *Glosa*, *La pesquisa*, *La grande*, o un tratado como *El río sin orillas*, tienen el viaje, o más precisamente al viajero, como uno de sus motivos centrales, y si bien todos ellos parecen dedicarse a un lugar inmóvil, es probable que esa zona que su narrativa explora sea menos un espacio definido por la permanencia que por las idas y vueltas de sus personajes.

No me refiero aquí, al hablar de viaje, únicamente al tema del exilio, que en todo caso es una de sus posibilidades: un viaje responde a una gama variada de necesidades, a veces precisas, pero por lo general inciertas, que la geografía y la historia terminan, en algún momento, por revelar, aunque en muy contados casos justifican. El viaje es también, si se quiere, una manera de vivir en el mundo, habitándolo en el interior de sus contradicciones. En este contexto debemos recordar las palabras que Saer escribió a propósito de los *Viajes* de Sarmiento: “Me parece adivinar aquello que, más allá del político, del ideólogo y del polemista, hace de Sarmiento un escritor: la capacidad, a pesar de la firmeza casi monomaniaca de sus ideas, de dejarse maravillarse por todo lo que en la realidad diversa y adversa las contradice. De esta hospitalidad a lo antagónico nace su literatura”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>. Saer, Juan José, “Sobre los Viajes”, en *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 66.

Se suele considerar el concepto de “hospitalidad” en un sólo plano, es decir, el de quien recibe a un viajero o el del viajero que se predispone a ser bien recibido, pero muy pocas veces desde la perspectiva contraria, condición básica de todo buen viajante, la de aprender a asimilar al otro, o mejor dicho “lo otro”, lo distinto.

Los dos textos que presentamos en este *dossier* ayudarán probablemente, es nuestro objetivo pero también nuestro deseo, a poner en relieve esta problemática. En primer lugar, el ensayo “Entre dos aguas”, escrito para un encuentro en Saint-Nazaire sobre literatura y multilingüismo y publicado en 2004 en un libro colectivo, en el que Saer reflexiona sobre el viaje, las razones de una partida, sobre la condición del exilio, las relaciones entre lengua extranjera y escritura y, en particular, sobre el problema de quien regresa. Allí vuelve sobre ideas desarrolladas en otros ensayos, como por ejemplo “Exilio y literatura” o “Caminaba un poco encorvado” de *El concepto de ficción*, y sobre datos dejados caer aquí y allá en distintos reportajes. Pero pocas veces encontramos todos estos temas dichos así y expuestos de una manera, como él mismo lo confiesa, “demasiado clara, demasiado simple”. La simplicidad es en todo caso engañosa. Saer recorre todos los problemas de la adaptación a la vida y la lengua extranjeras, tocando su centro más oscuro, *lo inadaptable*: “en todo exilado queda siempre un residuo irreductible al cambio, un nudo íntimo de extrañeza y de distancia que lo obliga a menudo a traducir los datos del presente a un código que subsiste del pasado”. A partir de este indicio, debemos reconsiderar el problema de *la vuelta*, tema principal de su obra, en particular de una novela como *La grande*, la última:

De vuelta a su tierra, de vacaciones o para quedarse, siempre hay algo en el exilado que no coincide con el paisaje local: la vestimenta, la forma de comer o de beber, las opiniones políticas, la información general sobre el mundo, el saber o la cultura. Esos pequeños desfasajes se advierten entre personas que sin embargo piensan globalmente lo mismo sobre los mismos temas o que tienen una manera de vestirse similar y un mismo modo de comportarse en la mesa. En un universo en expansión, todo se separa imperceptiblemente de todo, y ese alejamiento en el espacio que dura años muestra, durante el tiempo del reencuentro, a la vez la proximidad antigua que persiste y la distancia que separa.

En este punto preciso propongo establecer un nexo con el segundo texto que presentamos en este *dossier*, “Notas en vivo”, una transcripción del propio Saer de una de sus libretas de viajes, que forma parte del *dossier* preparatorio de *Glosa* de la edición crítica dirigida por Julio Premat para la colección Archivos. Saer conservó consigo esta libreta –que comenzó a escribir en 1982 y cuyas anotaciones llegan hasta octubre de 2000– y en un momento pasó a máquina, colocándoles un título, sus primeras páginas. Ignoramos su

verdadero propósito, y su explicación de incluirlo entre los materiales de preparación de *Glosa* es, en verdad, insuficiente. Es cierto que existe una relación entre estas notas y la escritura de *Glosa*, pero es cierto también que estas notas pueden ser leídas en un contexto más amplio, es decir, como el largo registro de esa vuelta ejercitada rutinariamente, luego de una pausa de seis años, a partir de 1982, el diario del regreso al país natal que marca, es cierto, la escritura de *Glosa*, pero también de novelas como *La pesquisa* o, que ya mencionamos, *La grande* y de ensayos como *El río sin orillas*. (En nuestras propias anotaciones, señalaremos algunas relaciones puntuales).

Se trata de “notas”, de una escritura fragmentaria, simple pero eficaz, tomadas además “en vivo” (como suele proclamarse, muchas veces de manera irresponsable, en la jerga de los noticieros de televisión). Y aquí encontramos la práctica del escritor que se ejercita, como un anatomista, en la mirada, en el tacto, en el oído, en el ejercicio en fin de la disección, cristalizando y congelando, como en una instantánea, lo que observa afuera, en las calles de la realidad: “Un hombre se saca los lentes y sigue caminando. Ha estado mirando en una vidriera los resultados de la lotería”.

Anotaciones rápidas, pero insondables, como “Dónde empieza la lluvia”, llamados íntimos de atención sobre el lenguaje: “¿Cuál es su gracia?”, tientan el haiku o el epigrama (hay también borradores de poemas breves) y, al mismo tiempo, confluyen hacia el relato de viaje: de un viaje de París a la Argentina en el año 1982, pero también, en su marco, numerosos pequeños desplazamientos: de Buenos Aires a Santa Fe, en esta ciudad a lo largo de sus calles (por San Martín, como los personajes de *Glosa*, hacia la Plaza de Mayo) o a través de su Parque del Sur, pero también de Santa Fe hacia el norte, hacia Arroyo Leyes, o de Santa Fe hacia Paraná y luego de Paraná a Villa Urquiza, o finalmente desde Santa Fe hacia el sur, hacia Rosario, pasando por Coronda... Las imágenes se detienen, de alguna manera, trazando la curva, descrita en el comienzo de *El río sin orillas*, de un movimiento en realidad invariable; invariable, sí, pero para ser más preciso, definiéndolo como lo haría un manual de física: invariablemente variable.

La publicación de estas notas, desde nuestro punto de vista, permitirá el acceso a otra mirada sobre la obra editada. Es indudable, en este sentido, el aporte extraordinario que significa la edición de Archivos, pero también el que podrán brindar materiales como esta libreta de viajes, integrada ahora al fondo de manuscritos del escritor. Abrir una escritura íntima, aunque esa intimidad sea la del trabajo de escritor y no la de la persona biográfica, implica sin dudas respeto y, sobre todo, responsabilidad.

El mismo Saer, lector voraz de biografías y autobiografías de escritores, de diarios de escritura, cuadernos de notas, libretas de viajeros, al manifestar, con firmeza, su desconfianza a toda referencia biográfica de su propia escritura, nos invita al mismo tiempo a este viaje. En un reportaje realizado

pocos años antes de su muerte, ante una pregunta, justamente, sobre la relación entre los desplazamientos de los personajes de su narrativa y sus viajes personales entre París y Santa Fe, Saer responde: “Bueno eso es un tema biográfico, que aun si pasara o no pasara tiene una relación distante y de otro orden con el hecho literario propiamente dicho. Yo pienso que son cosas diferentes las cosas de orden autobiográficas y las cosas literarias. Por ejemplo yo siempre digo que los autores de novelas policiales no son necesariamente asesinos desalmados”.<sup>2</sup>

Al margen de la estrategia, habitual en Saer por otra parte, de concluir una discusión con un chiste, el asunto aquí, lejos de darse por terminado, parece más bien expandirse. Todo lector de una novela como *La pesquisa* se permitirá al menos la duda, amablemente por supuesto, y sin apagar todavía la sonrisa, respecto a la clara diferencia entre esos “autores de novelas policiales” y esos “asesinos”.

## ENTRE DOS AGUAS<sup>3</sup>

por Juan José Saer

Mi destino (pido disculpas por usar esta palabra), nada calculado por cierto, me condujo, al promediar mi vida a vivir entre dos ciudades, dos países, dos continentes, dos idiomas, dos culturas. Aunque muchos pretenden, y tal vez sea parcialmente correcto, que la Argentina es el país más europeizado o europeizante de América Latina, resulta difícil imaginar el choque que representa para un hombre de treinta y un años, que nunca ha dejado la pequeña ciudad de provincias donde vive desde la infancia, trasladarse de golpe a París, a Francia, a Europa, sumergirse en ese mundo desconocido como en un populoso, colorido, incomprensible y amenazador fondo marino del que, olvidando los datos sin valor práctico de la historia o de la literatura que ha recogido a través de múltiples y a veces engañosas lecturas, debe deducir sobre la marcha las leyes que rigen para el comportamiento e incluso la supervivencia.

No es exagerado comparar esa situación a una especie de muerte, y al proceso de adaptación largo y laborioso, a los primeros pasos torpes y vacilantes de un recién nacido, que sólo con el tiempo adquirirán firmeza y libertad: muerte entonces, y después de una travesía por la noche de lo desconocido, renacimiento.

<sup>2</sup>. Entrevista de Paulo Ricci publicada en la revista *Voces*, N° 8, Santa Fe, noviembre de 2000.

<sup>3</sup>. El título mismo, como en un juego de muñecas rusas, incluye la problemática en su interior puesto que es la traducción de la expresión francesa “entre deux eaux” (la expresión existe en español, pero es probable que se trate de un galicismo), haciendo referencia al exiliado, que se encuentra en una situación intermedia, indecisa, y al mismo tiempo incluyendo el tema del viaje puesto que la expresión, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIV, proviene de la jerga de la navegación marítima.

Ese proceso iniciático puede durar años, y, basta ver los rostros graves de tantos viejos exilados,<sup>4</sup> para convencerse de que en muchos casos no termina nunca. Sumergidos no por su propia voluntad, sino por la combinatoria ingobernable de los acontecimientos, en un mundo diferente, nunca llegan a desentrañar las leyes que les permitirían, no ya adaptarse, sino al menos orientarse en él. Si bien ése no ha sido mi caso, no es menos cierto que en todo exilado queda siempre un residuo irreductible al cambio, un nudo íntimo de extrañeza y de distancia que lo obliga a menudo a traducir los datos del presente a un código que subsiste del pasado y que le permite entenderlos a su manera (muchas veces fuertemente subjetiva).

Cuando la adaptación, a lo largo de los años, se produce, es curioso observar el resultado. Una especie de cultura mixta predomina: lo nuevo convive con lo arcaico, pero no en capas sucesivas o paralelas, sino en formas novedosas de comportamiento que no coinciden totalmente ni con el contexto general del presente, ni tampoco con el de la vida pasada. Y ese comportamiento inédito resulta vagamente excéntrico en los dos lados. De vuelta a su tierra, de vacaciones o para quedarse, siempre hay algo en el exilado que no coincide con el paisaje local: la vestimenta, la forma de comer o de beber, las opiniones políticas, la información general sobre el mundo, el saber o la cultura. Esos pequeños desfasajes se advierten entre personas que sin embargo piensan globalmente lo mismo sobre los mismos temas o que tienen una manera de vestirse similar y un mismo modo de comportarse en la mesa. En un universo en expansión, todo se separa imperceptiblemente de todo, y ese alejamiento en el espacio que dura años muestra, durante el tiempo del reencuentro, a la vez la proximidad antigua que persiste y la distancia que separa.

El desfasaje se produce también con el lugar en el que el extranjero vive, por ejemplo en Francia. La imagen ideal del país que trae consigo entra en conflicto con el país empírico en el que se sumerge. Y durante toda su vida, inconscientemente podría decirse, el extranjero juzga la realidad de todos los días con los valores ideales, preempíricos, que no constituyen desde luego una mera fantasía de su parte sino que, adquiridos a través de lecturas lejanas, representan un repertorio filosófico, político o estético sobre el que ha debatido y debate a lo largo de los siglos un pequeño grupo de hombres, la mayor parte del tiempo a espaldas de la sociedad en la que viven. El exilado resulta ser a veces “más papista que el papa”, y se indigna de que los franceses se comporten de tal o cual manera, adopten tal o cual programa político, tiren por la borda lo que el exilado considera, por haberlo aprendido en su juventud, como los valores intangibles y eternos de Francia.

---

4. Saer utiliza en todo el texto el término *exilado* (descartando *exiliado*, más habitual y recientemente aceptado por la RAE) probablemente por razones afectivas, posibilidad que propone María Moliner, o probablemente, también, por contagio del participio francés: *exilé*.

Pero no todo desemboca en malentendidos o desencuentros. Confrontando mi propia experiencia con la de otros argentinos exilados, pude comprobar que también ellos habían visto por primera vez, instalados en el extranjero, la Argentina como un todo, que nuestro punto de vista (espacial pero también intelectual) había cambiado con la distancia. Estar inmerso en una sociedad puede producir una especie de miopía, una visión inconexa y parcial de las cosas que las oscurece y las distorsiona. Desde el extranjero, se comprende y se juzga con mayor claridad el conjunto, aunque es evidente que esa comprensión global requiere una constante actualización. Inversamente, vivir en Europa me permitió, al cabo de cierto tiempo, relativizar ese absoluto que perciben desde hace dos o tres siglos los países periféricos, la cultura europea. Esa tradición mítica fue mostrando progresivamente sus contradicciones, sus zonas oscuras, sus desniveles, su grandeza y su miseria. Gracias a una percepción más compleja, lo que era fetiche se volvió creación viviente, esfuerzo humano luchando por hacer fulgurar un fragmento de verdad o de belleza contra un medio resistente y adverso.

Estoy seguro de que estos procesos se producen en todo exilado, aunque el trabajo artístico o intelectual que ejercen algunos de ellos los haga aparecer más claramente. También se producen cambios importantes en la vida afectiva, familiar, laboral, que, como puede observarse todos los días en la mayoría de los países industrializados, a veces producen, cuando mayor es la diferencia de culturas que entran en conflicto, desenlaces amargos, irreconciliables, e incluso trágicos. La vida entera del exilado se juega en el extranjero. El xenófobo cree que el extranjero viene a robarle algo de su vida, ignorando que la principal obsesión del extranjero es no perder la suya en el medio opaco del que emanan para él confusión, coerción e incluso amenaza.

En tanto que escritor, me vi personalmente confrontado a problemas específicos de mi trabajo. El primero, por supuesto, es el idioma. Inmerso en la lengua materna, el escritor no tendría, por decir así, más que inclinarse a recoger los frutos frescos del habla para vivificar su literatura. La lengua extranjera en cambio, que ejerce una presión constante para substituir a la primera, sería como una fuerza invasora que interfiere en todo momento contra la voluntad del escritor. Pero esta versión es demasiado clara, demasiado simple. Cuando escribe en el ámbito de su lengua materna, el escritor, para respetar las cláusulas del contrato consigo mismo que nadie, aparte de sus convicciones sobre el estilo o la lengua literaria, le obligó a firmar, no ignora el cuidado y la labor que exige la elección de cada palabra, en las antípodas del espontaneísmo o del naturalismo lingüístico si es verdad que el nuevo entorno idiomático presiona constantemente y exige una constante vigilancia, esa disciplina el escritor ya está obligado a ejercerla también cuando trabaja con su lengua materna. Para un escritor exilado, el peligro de corromper su propia escritura es mayor cuanto más cercana a la suya es la nueva lengua

que debe hablar; para dar un ejemplo, su estilo corre más peligro en España que en Francia, y en Francia más que en Alemania o en Suecia. Es la contigüidad con su lengua materna lo que vuelve a la otra lengua más invasora. El español de España tiene sus propias leyes estilísticas, y aunque el idioma argentino proviene de él y forma con él y con las otras variantes del español en América el tronco común de la lengua, el uso literario en el que entran tantos componentes, en especial el habla, difiere radicalmente en cada una de las áreas lingüísticas.

Además de este problema, se presentan otros muchos, pero, para un escritor, el del idioma es a mi juicio el más importante. Hay otro también que es fundamental: es el de una trayectoria vital dislocada, cortada en dos, particularmente en casos como el mío, ya que vine “viejo”, por unos meses solamente, y ya hace treinta y seis años que sigo aquí. En pocos años, no únicamente mi vida, sino también la de mi país cambió radicalmente, y puedo decir que durante varios años, que podrían considerarse de transición, percibí el mundo como un abismo caótico y destructor –cosa que sigo pensando en gran parte, pero con una actitud, creo, un poco más serena o resignada–. De ese hormigueante caos, de esos fragmentos en dispersión, sin embargo, terminé nutriéndome una buena parte de mi literatura. Lo cual me recuerda unos versos de Holderlin, que cito de memoria. Dicen más o menos así: *Allí donde está el peligro / está también lo que salva.*

*Escrito para un encuentro sobre literatura y multilingüismo organizado por la MEET (Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs) de Saint-Nazaire, Francia, del 18 al 21 de noviembre de 2004 y publicado por esa misma institución en Les bonheurs de Babel (p. 44-52), en edición bilingüe (la versión francesa, con la traducción de Françoise Garnier).*

## NOTAS EN VIVO<sup>5</sup>

por Juan José Saer

Después de un viaje en ómnibus entre Buenos Aires y Santa Fe (6 horas y media), los dos desconocidos que han venido conversando se despiden. Uno de ellos dice:

---

5. Publicamos aquí, a modo de anticipo, una parte del “Dossier genético de *Glosa*” (p. 390-401) de la edición crítica de esta novela y *El Entenado* dirigida por Julio Premat para la colección Archivos. Se trata, según nota del editor (cada vez que de aquí en más hagamos referencia a estas notas, lo haremos como “N. del E.”), de “cinco hojas escritas a máquina de los dos lados, numeradas, las primeras dos azules y las otras amarillas. Dos textos distintos: primero notas para *Lo imborrable*, escritas directamente a máquina, luego texto copiado de un diario de viaje a Santa Fe”. Ese diario existe, en una libreta pequeña, de 9 x 15 cm, de tapa negra, muy deteriorada por el uso,

—Suerte. Hasta luego.<sup>6</sup>

-----  
 Fin del 78 o 79: Tomatis se queja de que los billares desaparecen y de que hay, en su lugar, juegos mecánicos.

-----  
 “...en esta ciudad (o en París, New York o Babilonia)...”

-----  
 La televisión en colores empezó en 1978.

---

y forma parte, junto con otras libretas y cuadernos de viaje, del fondo de manuscritos del escritor. Un equipo, bajo la dirección de Premat, trabaja actualmente en la clasificación de este fondo. Saer pasó a máquina, de esta libreta, las primeras 22 páginas (en total hay 71 páginas de anotaciones), transcribiendo el texto sin ninguna modificación, salvo pequeñas variantes que indicaremos en cada caso. Saer incorpora en el dactilograma un título, que por otra parte es un índice inequívoco de la naturaleza del texto y junto a este título, entre paréntesis, la fecha: “sep-oct. 1982”. En una N. del E. se precisa, en relación con este punto: “El viaje tiene lugar durante los primeros tiempos de la escritura de *Glosa* (primera fecha que figura en el manuscrito: 5 de abril de 1982), y en la temporada en que sucede la acción principal de la novela (la caminata de Leto y el Matemático tendría lugar un veintitrés de octubre)”. Saer justifica esta relación en una entrevista de 2005 realizada por Julio Premat, Diego Vecchio y Graciela Villanueva e incluida en la edición de Archivos (p. 929-930). Ante la pregunta, concretamente, de si el viaje de 1982 y en particular “Notas en vivo” tienen relación con la escritura de la novela, Saer contesta: “Probablemente. Sí, seguro. Estaba mucho yo en el clima del reencuentro, tenía imágenes muy vivas en ese momento. Y hay ahí en *Glosa* imágenes muy vivas, percepciones, sensaciones, que vienen todas de ese viaje”. Y en relación con el origen del dactilograma: “[eran notas tomadas] en una libreta, que tengo todavía. Era mi libreta de direcciones, pero que no están por orden alfabético. En la parte de atrás empiezan las direcciones, para adelante, y empezaban esas notas del principio hacia atrás. Una libreta que compré en Argentina, esas libretas negras de hule, de las que ahora no hay más. Quise comprarme otra porque ésa se cae en pedazos, la usé durante varios viajes. Además, hay ahí muchas direcciones de gente que uno ve sólo una vez. Ahí había todas esas páginas de notas, y de otros viajes, pero las únicas que pasé a máquina fueron ésas porque evidentemente me iban a servir”. Esta libreta está relacionada, además, con otros proyectos, por ejemplo, *El río sin orillas*. En este sentido es mencionada en el comienzo de este libro: “Desde 1982, o sea después de la Guerra de las Malvinas y de la declinación del poder militar en la Argentina, vengo sometiéndome, una o dos veces por año, a [la gimnasia de los vuelos intercontinentales]. Es sabido que el mito engendra la repetición y que la repetición la costumbre, y que la costumbre el rito y que el rito el dogma; y que el dogma, finalmente, la herejía. El mito de reencontrar los afectos y los lugares de mi infancia y de mi juventud me incitó a efectuar esos viajes repetidos que se han transformado, después de casi una década, en una costumbre, lo bastante monótona como para generar, desde el punto de vista del placer, una ambivalencia notoria. [...] Así, entre el almuerzo de despedida en París que se prolonga hasta bien entrada la tarde, y el asado de bienvenida en Buenos Aires al día siguiente, despegues, aterrizajes y escalas, siempre los mismos, producen en mí las mismas sensaciones, los mismos estados de ánimo, las mismas asociaciones e incluso los mismos pensamientos, que más de una vez me han parecido novedosos hasta comprobar que ya los había consignado en mi libreta de apuntes en algún viaje anterior” (pp. 13-14).

6. Las notas son fragmentos autónomos, de extensión variable, aunque generalmente breves, que están distinguidos en la libreta por un trazo horizontal. En el dactilograma, Saer coloca una línea horizontal entre el primer y el segundo fragmento. En las páginas siguientes, la separación se hace con un doble espacio. Preferimos reincorporar las líneas horizontales a todos los fragmentos para llamar la atención respecto a su condición original de “notas” sueltas.



El rosa oscuro e intenso de los lapachos, los primeros árboles que florecen. Los sauces, los primeros que reverdecen.

-----

La ciudad chata, como aplastada, y las casas diminutas tienen algo de panteones.<sup>7</sup>

-----

Cuando está un poco crecido el río es azulado, idéntico color que en el río de la Plata (“era azulejo entonces como oriundo del cielo”).<sup>8</sup> Ese tinte es tal vez consecuencia de la estación –fin del invierno, principios de primavera– y del estado, es decir bastante crecido.

-----

Entre los autos y las motos, de vez en cuando, precario y pobre, con dos o tres muchachos mal vestidos arriba, un carrito tirado por un caballo.

-----

...sobre su sangriento aceldama (*El coche correo inglés*, 129)<sup>9</sup>

ACELDAMA: Campo que se dice situado al sur de Jerusalén<sup>10</sup>, comprado con el dinero de la traición de Judas, y llamado por eso campo de sangre.

-----

Las últimas palabras son l’expression *toute faite d’un comique de la télé*.

-----

- 
7. Como bien lo señala una N. del E., “la comparación figura, en la mente de Leto, en la tercera parte de [Glosa]”. Es interesante poner en relación ambos textos para ver la distancia, justamente, entre anotación y escritura: “La distracción de Leto tiene también otros motivos: mientras va cruzando la calle, ahora que la mayor parte de los negocios ha desaparecido, como podría decirse, dejando paso, si se quiere, otra vez, a los consultorios, estudios y despachos de diversos profesionales, las viejas casas de una planta con sus frentes ornamentados y sus balcones de hierro y de bronce, le evocan la comparación obstinada con panteones de las que las chapas de bronce junto a la puerta, anunciando el nombre del propietario y la índole de su diploma, vendrían a ser la lápida”.
8. N. del E.: “Cita del poema de Borges, ‘Fundación mítica de Buenos Aires’”. Esta reflexión sobre el color del río puede pensarse como una nota preparatoria a *El río sin orillas*. En la cuarta parte de este libro, titulada “Primavera”, en la que se trata este tema, podría decirse, a la luz de esta estación, entre referencias a poetas, como Baldomero Fernández Moreno, Leopoldo Lugones o Juan L. Ortiz, se hace mención a estos versos de Borges.
9. N. del E.: “se trata quizás de una cita del libro de Thomas de Quincey, *El coche correo inglés*, de 1849”. Hay que señalar, por otra parte, en función de esta indicación, que en la libreta hay, además de las notas relacionadas estrictamente con un viaje, materiales muy diversos, como anotaciones de lecturas, pensamientos, borradores de poemas, expresiones, nombres de plantas o lugares, borradores de cartas, números de teléfonos, direcciones.
10. *Jerusalem*, en el dactilograma. Corregimos según la libreta.

Los hombres en mangas de camisa, con sus portafolios y sus legajos bajo el brazo. Los legajos son como un nivel específico de la ciudad; son<sup>11</sup> *memorandum* de la pasión, de la codicia, del odio, etc.

-----

Multiplicación de cirujas.

-----

En cada bocacalle, viniendo por San Martín, el sol da de lleno, desde el este, e interrumpe la sombra hasta la vereda de la cuadra siguiente.

-----

Lapachos, gomeros, paraísos<sup>12</sup>, palos borrachos, jacarandaes<sup>13</sup>, aromos, tipas, ligustros, pinos, etc. Al fin del invierno, los primeros en florecer son los lapachos y los aromos. Los paraísos florecen y todavía les quedan los racimos de frutos podridos del año anterior. A los palos borrachos las cápsulas que, cuando se caen, dejan ver, colgando<sup>14</sup> de las ramas, unos penachos algodanosos.

-----

Sopla el viento sur, y las olas vienen contra la corriente. (En la costanera).

-----

De las siete de la tarde a las 15 del día siguiente, llovieron 173 milímetros. Después siguió lloviendo hasta la noche, e incluso hasta la madrugada. El viento sur, a la mañana del segundo día, corrió las nubes y a la tarde el sol se puso brillar, pero al atardecer ya estaba otra vez nublado. Frío.

-----

---

<sup>11</sup>. Palabra ilegible en el dactilograma, corregimos según la libreta. Esta nota, por otra parte, puede compararse con el siguiente pasaje de la tercera parte de *Glosa*: "El paisaje, por llamarlo de algún modo, ha cambiado por completo. Las casas diminutas de los particulares, con sus chapas de bronce y sus balconcitos sobre la vereda dejan lugar, como se dice, a la plaza de Mayo, flanqueada, en sus cuatro costados, por la catedral, los tribunales, el colegio de los jesuitas, la casa de gobierno. En los largos edificios de tres o cuatro pisos que rodean la plaza, almacenes de orden, poder, justicia y religión, entran y salen con legajos, portafolios, papeles, solos o en grupos reducidos, hombres y mujeres, litigantes, fieles, ciudadanos. Algunos pasan, para completar algún trámite seguro, de la Curia a los tribunales, de los tribunales a la sede del gobierno. Muchos atraviesan, en diversas direcciones, los senderos rojos de la plaza, de ladrillo picado, entre los canteros verdes bordeados de naranjos amargos, de gomeros o de palmeras. El cielo, bien azul, sin una sola nube, se despliega, podría decirse, sobre la plaza. El Matemático se para."

<sup>12</sup>. Si bien corregimos la ortografía, es interesante señalar que Saer escribe siempre, tanto en la libreta como en el dactilograma: *paraíso*.

<sup>13</sup>. *Jacarandáes* en el dactilograma.

<sup>14</sup>. En el dactilograma: *colgado*. Corregimos según la libreta.

Un hombre se saca los lentes y sigue caminando. Ha estado mirando en una vidriera los resultados de la lotería.

-----

Material de las casas: ladrillos vistos o tejas, paredes pintadas de blanco, muchas verjas, granito reconstituido. Las chapas de los profesionales. Viejas casas de una planta, en las esquinas, pintadas de amarillo, la puerta verde guarnecida<sup>15</sup> de un arco estrecho, románico. Las casas son de una o dos plantas, raramente de tres. Los departamentos de varios pisos resaltan en seguida en el conjunto. Pizarras decoran a veces los frentes<sup>16</sup>.

-----

La autopista con la fuente que trasladaron de la plaza, pasando el puente.

-----

En el Arroyo Leyes (averiguar el nombre del arroyo que está antes, bajo el puente de hierro (Arroyo Potrero)<sup>17</sup>). Agua alta, muchos pájaros. La pareja pescando. El restaurant con piso de portland y, frente a los ventanales<sup>18</sup> que dan al río, el parapeto de cemento y bolsas de arena semiderruido por la crecida. Camalotes y otras plantas acuáticas acumulados en la orilla. Los patos salvajes<sup>19</sup>.

-----

Cómo viene subiendo el pescado prendido al anzuelo: un poco en tirabuzón.

-----

Las diversas familias que se disputan el control del diario *La región*. También tienen la radio. Rivalidad con la televisora local.

-----

El palio de letreros luminosos que, saliendo de las fechadas, se extienden hacia el centro de la calle. Como las casas son bajas, los letreros también lo son.

-----

Dónde empieza la lluvia.

-----

---

<sup>15</sup>. A diferencia del dactilograma, en la libreta: *la puerta guarnecida*.

<sup>16</sup>. Ídem: *Pizarras decoran los frentes*.

<sup>17</sup>. El paréntesis "(Arroyo Potrero)" no está en la libreta. Es decir, que su incorporación es posterior.

<sup>18</sup>. En la libreta: *frente a las vidrieras*.

<sup>19</sup>. *Los patos salvajes*, agregado en el dactilograma.

El timbó tiene vainas negras que se parecen un poco a las del algarrobo, pero que son enroscadas y duras<sup>20</sup>. El aguaribay de lejos se parece al sauce, porque su fronda es un poco transparente y cae hacia abajo como la del sauce llorón, pero las hojas son más chiquitas y se presentan en racimos. Tiene un frutito redondo, bien rojo, que cuelga en racimos poco espesos. La vaina del jacarandá es achatada y dura. El timbó es un árbol extendido y petizón. Ya hay paraísos florecidos (20 de septiembre). La tipa es una especie de acacia muy grande. También hay ceibos. Junto con los tres enormes palos borrachos de detrás del convento, y del gran ombú que bordea el agua, hay también pinos y paraísos muy jóvenes que crecen en la barranca, hacia el río. Todos estos árboles constituyen la vegetación del parque Sur. En el patio del convento hay un aljibe en el medio, al que conducen cuatro senderos de baldosas, en cruz; también hay muchos bananos.

-----

VISITA A ENTRE RIOS – Tomé el ómnibus a las diez. Llegué detrás de la plaza de Paraná (detrás de la catedral), a las 10.45. Té en el Flamingo. Paseo en auto con Patricio por el Parque Urquiza y por Bajada Grande. Almuerzo con su hermana. Paseo por Villa Urquiza. Caminos de tierra. Muchos paraísos florecidos en los costados del camino. Regreso por la balsa a cadena del arroyo Las Conchas. Yo hice pasar la balsa. Después, la Toma vieja. Es el punto más alto del Paraná y sin duda de la región. Había miles de estudiantes porque era el 21 de septiembre. En el río, remansos encadenados. Movimiento en espiral. El centro del remanso es liso, pero se ve, ligeramente turbulento, el círculo exterior en el que el agua se agita un poco. Volvimos por la isla Verduc. Crepúsculo sobre el arroyo Miradero, que bordea la isla y va a morir al Colastiné. Este, desde el puente, inmenso y luminoso en el crepúsculo. Muy crecido. La silueta de un hombre de pie en una canoa solitaria (paisaje típico)<sup>21</sup>. Viniendo por la nueva autopista, vemos el sol crepuscular, un enorme disco rojo, hundirse rápido detrás de la costanera y de los monoblocs escasos que se yerguen entre las casas chatas de una o dos plantas.

-----

Hay, en todas partes, mucho cielo. Presencia constante. Cuando está nuboso, mucha diversidad y cantidad. Nubes de contornos luminosos, con la parte del centro más oscura. A veces, muy despedazadas por el viento. Son como tormentas desgarradas.

-----

El color granate (el *vinoso*: de bohemia, Real Ac.).<sup>22</sup>

-----

<sup>20</sup>. Entre esta frase y la siguiente, sobre el mismo renglón y del mismo tamaño que las letras hay tres pequeños dibujos que representan las vainas descritas.

<sup>21</sup>. El agregado entre paréntesis no está en la libreta.

<sup>22</sup>. La definición entre paréntesis, sin duda del diccionario de la Real Academia Española, no está en la libreta.

Ruta de Santa Fe a Rosario. Aromos, grandes y chicos. Sauces. Eucaliptus.  
Campo raso y, al fondo, arboledas. Bañados. Molinos.

-----

Al sur de Coronda, los campos son más trabajados.

-----

Garzas y aves de rapiña en la autopista. En Entre Ríos, el miércoles, por el camino  
de tierra, cruzó un cuis. Pelambre entre azulada y vercosa, entre acero y bronce.

-----

Vacas y caballos.

-----

Antes de Coronda, una cañada.

-----

Las salas de juegos mecánicos y electrónicos se llaman entretenimientos.

-----

¿Cuál es su gracia?

-----

Provincias linderas.

-----

También dicen “suerte” al brindar.

-----

“Yo le tengo claustrofobia a los micros”.

-----

Las chicas argentinas dicen mucho ¡Ay! “Ay, me voy a comprar unos zapatos”,  
“Ay, tengo que tomar el colectivo, etc”;<sup>23</sup>

<sup>23</sup>. En la libreta, siguen dos poemas, en páginas independientes, ambos fechados en 1982. El primero, “Cantar de amigo”, inédito, está pasado al dactilograma, pero no es el caso del segundo “El Graal”, que será luego incluido en *El arte de narrar*. Más adelante, en la libreta, encontramos un borrador del poema “En avión”. Muchos poemas de *El arte de narrar* son el resultado o el registro de un viaje, aunque las referencias concretas al viaje mismo, como por ejemplo lugares y fechas, se borran o se desdibujan detrás de personajes o temas literarios. Esto es lo que ocurre con varios poemas de la primera sección del libro, que lleva como título “El arte de narrar” (1960-1975), por ejemplo, en “Dylan Thomas en América” (“En los aviones y en los trenes, uno / se siente sólido y eterno”), en “Lo que cantan las sirenas” (“la discordia perpetua del llano y la geometría”), y es el caso también de “Elegía Pichón Garay” y, sobre todo, del poema “Rubén en Santiago”

(“Viajando, / se percibe, de golpe, el tamaño del mundo”), que hacen referencia a personajes de su propia narrativa. La tercera sección del libro, “Noticias secretas” (1976-1982), alude sin duda al viaje y al informe que presentan al rey de España, en 1735, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de regreso de su visita a los territorios de la colonia (conocido como *Noticias secretas de América*). El título de esta sección refiere entonces a este célebre viaje, pero también, en un plano biográfico, si se tiene en cuenta el período mencionado (1976-1982), a los dos viajes personales de Saer a la Argentina, en 1976 y en 1982, respectivamente, términos ambos, por otra parte, de una larga ausencia, en el marco de la dictadura militar. Es decir, entonces, que el título de “Noticias secretas” implica varios planos de significación, que van desde lo cultural a lo biográfico, pasando incluso por las condiciones de escritura de los poemas. Una señal evidente de esto, por otra parte, es la presencia en la libreta de poemas como “En avión” y “El Graal”, fechados entonces en 1982 e incluidos posteriormente en *El arte de narrar*, naturalmente al final de esta sección, pero sin fecha.

Muchos poemas de “Noticias secretas” se refieren a viajeros célebres, reales o imaginarios. Es el caso, por demás elocuente, desde su título mismo, de los poemas: “Nuevas aventuras de Robinson Crusoe” o “La historia de Cristóbal Colón”; es también el caso del poema “Islas”, en el que hace referencia al viaje de Paul Gauguin a las islas tropicales. Y también, el de “En avión”: “El viejo mar naranja que disipa / la niebla de la mañana / y las columnas de Hércules / como los dioses, hoy ausentes, / las veían”. Esas *columnas de Hércules* son los peñones que marcan el estrecho de Gibraltar, que celebran al héroe griego, viajero por excelencia, que marcaron durante mucho tiempo los límites del mundo conocido, la frontera de los navegantes del Mediterráneo. Aquí se señala, indudablemente, el viaje que deja atrás la vieja Europa, el que va hacia lo desconocido. Salvo que ahora se hace “en avión”. El poema habla de Hércules, de Colón, de Crusoe, de Gauguin, pero también del mismo Saer si colocamos, por ejemplo, este poema en relación con su viaje de 1982 de regreso a la Argentina (en cierto modo también hacia un país desconocido). Es indudable, por otra parte, que una lectura estrictamente autobiográfica o circunstancial de estos poemas, en función de su presencia en la libreta de viaje, los saca brutalmente de su contexto, dado que los sujetos poéticos son en realidad personajes como Hércules o los caballeros de la Tabla Redonda.

En un reportaje de 2000, mencionado en nuestra presentación, Saer dice lo siguiente en relación con su poesía: “Creo que hay también [en la poesía] una relación orgánica con el resto, porque hay elementos que aparecen en *El arte de narrar* que tienen su prolongación en todo el resto de la obra narrativa y al mismo tiempo, en la obra narrativa, hay elementos dispersos, que no tienen relación orgánica con la totalidad, de la misma manera que *El arte de narrar*. De modo que hay como una especie de simetría inversa, podríamos decir, una relación simétrica, como si se tratara de espejos de estos dos aspectos de mi obra”. A la luz de las “Notas en vivo” y en el marco de esta reflexión sobre la importancia del tema del viaje en la obra de Saer, es indudable que estas palabras adquieren un carácter particularmente revelador.